

castellana de aquella obra, y algunos fragmentos traducidos y englosados por el señor Vicuña serían de inestimable valor.—
DAVID PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At166-86CPEN10086>

ENGRUCIJADA, por *María Teresa Llona*

Prologada elogiosamente por Gabriela Mistral, el libro de esta nueva poetisa peruana nos da la sensación de frescura y de sencillez que no es común encontrar en la lírica femenina del Continente.

Aunque ya ha pasado en Europa la moda irracional del verso sin armonía y sin ritmo, en que las imágenes forman una cadena infinita e incomprensible, todavía en América se sigue cultivando, en especial por los jóvenes, esa postura que, si no es difícil en sí misma, ya que obedece a una receta más que a una orientación innovadora, es difícil y mortificante para el lector.

Señalamos, por eso, este libro de María Teresa Llona, como un regreso a lo clásico. Por la claridad de su expresión, que alcanza a veces aciertos magníficos de sugerencia, como al decir en su poema «Clamor»:

Ni mentaremos nuestro nombre
Ni evocaremos el ayer...
Y tú serás ¡tan sólo un hombre!
Yo... ¡solamente una mujer!

Y la relativa elegancia de su forma, creemos que podrá darnos obras de más enjundia y de mayor resonancia.

En este su segundo libro—no conocemos «Celajes», con que se iniciara en las letras—queda bien en claro su disposición y su fervor líricos. Y si tiene todavía, como es lógico, vacila-

ciones evidentes en cuanto a discernir el interés de un tema poético y cae, en muchos de los poemas que forman esta «Encrucijada» (1), en imperdonables prosaismos, sus aciertos, aunque no son numerosos, bien pueden compensarnos de todo eso.



SENCILLEZ, por *Ecio Rossi*

Conocíamos de este escritor argentino la antología que publicara sobre los poetas de Rosario, la primera obra de su género aparecida en esa provincia de la República del Plata.

Estos poemas que ahora publica con el título de «Sencillez» (2) nos dan la medida de su valía literaria.

Pocos títulos mejor puestos que el que eligiera Ecio Rossi para esta compilación de sus poemas. Sencillos hasta la exageración, desprovistos en absoluto de belleza literaria, acusan en su autor una indigencia lírica sorprendente, unida a un decidido espíritu de trabajo, que sería muy de elogiar si guardasen armonía los frutos con ese esfuerzo.

Sólo copiaremos la más breve de su composición, «Síntoma»:

Por vez primera, en los maduros días
de mi vida, que marcha hacia el poniente,
se desprendió, Señor, de mis encías,
un diente.

Una honda sensación de mal agüero
pensar me hizo en la tumba...
¿Será, me dije, el síntoma primero
de una casa, Señor, que se derrumba?.

(1) Empresa Edit. «Rimac». Lima, 1938.

(2) Rosario, Argentina, 1938.